

# El Estado inexistente

Al comienzo de la ofensiva ideológica contra el Estado venezolano obtuvo gran éxito la expresión el "Estado omnipotente" para describirlo. Se hizo moneda corriente la convicción de que todos los males del país tenían su raíz y razón de permanencia en esta característica del Estado. Si se lograba "reducir" al Estado, o sea, minar su pretendida "omnipotencia", se removía el principal obstáculo al desarrollo de la economía y de la sociedad civil atrapadas en las redes del Estado omnipotente y entrometido. Con aplausos de esa banda se recibieron los anuncios en ese sentido del Presidente C. A. Pérez. Cualquier voz que osara proponer una visión distinta a ésta era desdeñada por "atrasada"... Si abrimos los ojos, podemos descubrir que, arribando a los finales de siglo, no podemos hablar de Estado en Venezuela, mucho menos de su omnipotencia.

## El Estado cascarón de un Gobierno ladrón

Cuando de niños íbamos a la playa quedábamos boquiabiertos ante la explicación pausada que daba el abuelo de tantas conchas de caracol vacías regadas por la arena. Nos decía que había un caracol, bien llamado "ladrón", que cuando crecía y no cabía en la concha en que estaba se salía de ella y se "robaba" otra que cargaba mientras cupiera dentro de ella, y así una y otra vez. Quizás ésta sea una imagen apropiada para comprender lo lejos que está la imagen del Estado Omnipotente de la realidad del Estado venezolano.

Una constante en nuestra historia republicana es confundir en la práctica Estado y Gobierno. En el siglo XX esta confusión ha sido más trágica, pues se ha llegado a la total confusión de uno con otro. Los Gobiernos, como el caracol ladrón, siempre han llenado el cascarón del Estado que ha ido creciendo al paso de sus ingresos petroleros, libremente utilizado por los Gobiernos.

Durante este siglo han marchado a la par la consolidación y crecimiento de la estructura estatal con la usurpación que han hecho de ellas los Gobiernos. La misma estructura "presidencialista" del Estado ha contribuido a su confusión con el Gobierno, tanto de parte de los gobernantes como de los gobernados, que nos hemos acostumbrado a reclamarle al ejecutivo acciones o decisiones en cualquier campo de la responsabilidad del Estado. Frente al Presidente Gómez como frente al Presidente Pérez Jiménez o al Presidente Betancourt o al Presidente Herrera, la conducta de los ciudadanos comunes y corrientes o de las instituciones ha sido más o menos la misma. Se considera al Presidente no el responsable del Ejecutivo, sino la encarnación misma del Estado y de la Nación. La última palabra en cualquier cosa.

## El partido se apodera del Gobierno

Con la instauración de un sistema de partidos políticos cobra cuerpo en Venezuela la idea de una "democracia representativa". Su consolidación, fruto del esfuerzo sincero de cientos de hombres y mujeres, significó la superación definitiva de los regímenes autoritarios de Gobiernos afincados en el poder militar. Pero la relación Estado-Gobierno no cambió cualitativamente. El "ladrón" que ocupa la nueva concha estatal tiene estructura de partido.

También los partidos políticos que han ocupado el Gobierno en Venezuela tienen su peculiaridad. Son partidos "populistas" con una enorme capacidad de aglutinar en su seno y a su alrededor a todos los sectores de la sociedad venezolana y sustituirlos, es decir, asumir ellos la representación de los intereses de "todos" por una parte, y de cada uno de ellos, por la otra. Los partidos han logrado un sistema en el que se ha logrado una amplia participación, pero limitada a las votaciones periódicas. De resto, el partido lo decide y hace todo, incluyendo el nivel electoral.

La confusión Estado-Gobierno tiene su paralelo en la confusión Partido-Cogollo. El cogollo de los partidos ha hecho lo mismo que el caracol "ladrón": apoderarse de la concha, cada vez más grande, del partido.

La conclusión parece evidente: el cogollo partidista se ha hecho Gobierno, por tanto, se ha apoderado del Estado.

## La privatización de

Para comprender la dinámica en la que funciona el Estado ocupado por el Gobierno es necesario recordar que, mientras fue creciendo el cascarón estatal, no lo hizo de igual manera la sociedad civil. Más aún, la irrupción de los partidos en la vida política y social

## lo público

Venezolana trajo como consecuencia la sustitución de la sociedad civil por los frentes y organismos especializados de los partidos que se ocuparon de promover y dirigir, a su leal saber y entender, toda clase de instancias vecinales, sindicales, gremiales, profesionales... En resumidas cuentas, lo público se privatizó en Venezuela al nacer.

De esta manera, lo público es otro "cascarón" por mucho tiempo ocupado por los partidos. La mejor demostración de esta afirmación es la presencia perenne de la corrupción administrativa en todos los Gobiernos. Ni gobernantes ni gobernados tenemos mayor conciencia de lo público en el sentido republicano o ciudadano que predicaron nuestros mayores, aunque tampoco lo practicaran.

Llegamos a donde queríamos llegar. Por eso, hablar de "políticas públicas" o de una "política de Estado" en Venezuela es palabrería hueca, sonidos que se lleva el viento. Lo único que hay en Venezuela es "política de partido" y punto. En esto no hemos progresado nada; más bien hemos retrocedido, porque en algunas etapas de nuestra historia reciente, o porque no había partidos en el Gobierno o porque gobernaba quien podía mantener a raya al partido, pudo haber "políticas de Gobierno" que podían ser "de Estado".

## Todo se derrumbó

Este segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez produjo la ilusión de que podría darse algún paso en la dirección de proponer "políticas de Estado". Un cierto desgaste de los partidos, las primeras presiones de incipientes organizaciones de la sociedad civil, la necesidad sentida, aunque por muy diversas razones, de variados sectores sociales de "ajustes" en las relaciones económicas y políticas dieron aliento a esa esperanza. La capacidad que tuvo C. A. Pérez de imponerse como candidato en contra de la voluntad de una parte importante de la maquinaria del cogollo partidista, su amplio triunfo electoral y el nombramiento de un equipo de Gobierno estructurado sin criterio partidista, reforzaron esa posibilidad.

A esto se sumó el apasionado apoyo de Pérez a un modelo de política económica contrastante con las ideas y prácticas anteriores de su partido y de su propio gobierno, llevado adelante con fe de neoconverso. Los diseñadores y ejecutores de ese modelo no venían del partido. Tampoco el empuje internacional. Sus nombramientos en altas responsabilidades de Gobierno fueron mal recibidos por los cogollos. Pérez siguió adelante, convertido en el más calificado predicador de la nueva verdad: no hay otra salida. Parecía que la cosa iba en serio.

Desde el primer momento se supo que la carga más fuerte del ajuste hacia el nuevo modelo recaería sobre los sectores más pobres de la población, seguidos por las capas medias. Por eso, parte sustancial del nuevo modelo era una política social que debía compensar por mucho tiempo los efectos de una situación de pobreza que se agravaba a raíz de las decisiones económicas. Para organizar esa política social, se nombró también una persona de fuera del partido. Aun estando en desacuerdo radical con las bases y orientaciones del modelo económico y sus consecuencias sociales, era necesario reconocer la ocasión de pasar de las "políticas de Gobierno" a las "políticas de Estado".

El partido olló la jugada desde el principio y comenzó su presión. La sociedad acusó el golpe y explotó. Los resultados de los primeros escarceos del modelo poco convincentes más allá de los informes para el Fondo Monetario Internacional. La inversión privada siguió brillando por su ausencia, el gasto público siguió campante su crecimiento y la inversión del Estado, motorizada por la petrolera, salvó las posibilidades de crecimiento económico. La distribución del ingreso aceleró su regresión y las disparidades sociales se agudizaron. El partido, ante la inminencia de dos años electorales seguidos, sin alternativa ideológica pero dispuesto a seguir en el gobierno, aumentó al máximo su presión.

Cuando en el cronograma de los ajustes previstos por sus planificadores la política social adquiría rango de prioridad, el Presidente Pérez, siguiendo la lógica que creíamos superada, realiza un relevo en su gabinete ministerial en el que el único cambio importante fue entregarle al partido el Ministerio de la Familia (a) "Desarrollo Social", el instrumento gubernamental de política social. De paso refuerza el Ministerio del Interior, porque, si no hay política de Estado, sí hay Gobierno y Fuerzas Armadas para mantener el "orden". Se perdió esa ocasión. El Estado sigue sin existir como tal. Sigue siendo un cascarón ocupado por el partido de Gobierno. Una conclusión podemos sacar: no es desde allí —desde los partidos o desde el Gobierno— desde donde se van a dar los pasos para darle existencia al Estado y posibilidad a unas "políticas públicas" independientes de los caprichos del mandatario y de las necesidades electorales de las maquinarias partidistas para mantener a sus cogollistas en el poder. Lo público tiene que nacer de la base ciudadana. Del fortalecimiento de una sociedad civil capaz de promover al Estado y exigir cuentas a los Gobiernos. No perdamos el rumbo.